

HISTORIA Y HUMANIDADES

El Capitán Médico don Santiago Ramón y Cajal

*Francisco Martín Sierra**

RESUMEN

Aprovechando el 50 aniversario de la muerte de don Santiago Ramón y Cajal se recuerda una faceta con frecuencia algo olvidada de su biografía: su paso por el Ejército, primero en la Península como teniente médico, después como capitán médico; se evoca su paso por la colonia de Cuba. Se termina con unas reflexiones del propio don Santiago sobre los desastres del año 1898.

El pasado mes de octubre se cumplió el 50 aniversario de la muerte de Santiago Ramón y Cajal. Luchó por España, a la que amaba profundamente con las únicas armas que poseía: su ciencia y su inteligencia, y en unos años amargos para la patria supo situar su nombre en las más altas cotas del mundo científico. Pero durante dos años también luchó por su país vistiendo el uniforme del Ejército.

Aún hoy día la figura de este sabio universal es más conocida fuera de nuestras fronteras que dentro del país por el que todo lo dio.

Sean estas líneas un testimonio de recuerdo y de admiración a una vida que debería ser para todos un ejemplo de amor a España.

* Capitán Médico Alumno de tercer curso del Diploma de Medicina Preventiva y Análisis Clínicos: Academia de Sanidad Militar. Instituto de Medicina Preventiva «Capitán Médico Ramón y Cajal».

Don Santiago Ramón y Cajal vistiendo su uniforme de Capitán Médico poco antes de embarcar para Cuba. (Tomada del libro: «SANTIAGO RAMON Y CAJAL», Pedro Laín Entralgo y Agustín Albarracín, Editorial Labor, S. A., 1982.)



EL AMBIENTE POLITICO

Después de la abdicación de Amadeo de Saboya en febrero de 1873, las dos Cámaras Legislativas formadas tras el reinado de Isabel II y refundidas en la Asamblea Nacional promulgaron la Primera República Española.

En este momento, el tío de Isabel II, don Carlos María Isidro, contaba con numerosos partidarios en todo el Norte de España, Cataluña y Levante: eran los carlistas que declararon la guerra al Gobierno y se mantuvieron en liza hasta el año 1875.

Además de la guerra carlista, el gobierno de la Primera República se enfrentó con el problema del separatismo: Cataluña, Valencia y parte de Andalucía, prácticamente se habían independizado y multitud de ciudades y de regiones pretendían, y en muchos casos autoproclamaban, la autonomía.

Unido a estos dos importantes problemas, y como consecuencia de ellos, los soldados comenzaron a dar muestras de indisciplina, en muchos casos muy grave; todo ello creó entre la oficialidad un carácter levantisco que tomó visos muy serios en Cartagena.

A todo este caos seguía en paralelo un lógico malestar social, que originaban rápidas sucesiones en la Presidencia de la República: primero, Pi y Margall; después, Salmerón, y, por fin, Castelar, que intentó y logró durante algún tiempo poner orden.

Una de las primeras determinaciones de Castelar fue la de decretar en septiembre de 1873 el Servicio Militar obligatorio para todos los jóvenes de veintiún años. Este año, Cajal terminaba la Licenciatura en Medicina y cumplía la edad militar. Años más tarde, en sus «Recuerdos», haría un elogio de la política de Castelar en estos términos:

«Con un sentido gubernamental ausente en sus predecesores restableció severamente la disciplina militar, nutrió las filas del desorganizado Ejército con su célebre leva general y restauró, en fin, el extinguido Cuerpo de Ar-

tillería. Todo aseguraba una era de orden y de relativa tranquilidad, precursora de paz duradera. Pero había de vencer la insurrección cubana y reducir el carlismo, cada día más pujante y amenazador en las provincias del Norte.»

Poco había de durar este pretendido período de paz: en 1874 Castelar es derrotado en las Cortes, siendo sustituido por el general Pavía, quien deja el poder en manos del conservador general Serrano. Al terminar el año, el 29 de diciembre, los alfonsinos, partidarios del hijo de Isabel II, le proclaman Rey en Sagunto con el nombre de Alfonso XII. El Ejército no opuso resistencia, antes bien, era partidario de don Alfonso; los carlistas fueron prácticamente derrotados y el general Serrano partió para el destierro.

Así las cosas, días más tarde, el 14 de enero de 1895, don Alfonso XII entraba en Madrid aclamado por un pueblo que lo único que deseaba era la paz, la tranquilidad y la prosperidad que nunca le dieron los gobernantes ligados a la República.

EL AMBIENTE CUBANO

Las causas de los movimientos independentistas de los territorios españoles de ultramar fueron (en opinión del T. Col. de Infantería don Fernando Redondo Díaz): la influencia de la Ilustración, el ejemplo de la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica y el fuerte impacto de las corrientes filosóficas de la Revolución Francesa, con las que tuvieron contacto los caudillos sudamericanos al haber estado en Europa muchos de ellos.

Poco después de su independencia, los Estados Unidos se ofrecieron para comprar Cuba a España, ofrecimiento que fue reiterado hasta vísperas del 98 y que fue sistemáticamente rechazado por el Gobierno español.

El interés de los Estados Unidos por Cuba era, por un lado, económico (minas de hierro y plantaciones de caña de azúcar) y, por otro, militar; ya que el cambio de la vela por el vapor en los buques de guerra hacía de Cuba una importante base logística de aprovisionamiento de carbón.

El 10 de octubre de 1868, en el poblado cubano de Yara, el abogado y hacendado Carlos Manuel Céspedes proclamó un manifiesto de independencia que daría lugar a la llamada «Guerra de los diez años». El levantamiento fue al principio irresponsable-

mente menospreciado por el gobernador general Lersundi, pero pronto se extendería desde Yara y las Tunas de Bayamo a toda la región de Camagüey.

La política del Gobierno peninsular fue la de destituir a Lersundi y mandar en plan apaciguador al general Domingo Dulce, pero la reconciliación no era ya posible y estalló la guerra. El presidente norteamericano Ulises Grant consideró a los insurrectos cubanos como a tropas regulares, ofreciéndoles su ayuda moral y, lo que fue peor, también su ayuda material.

Al general Domingo Dulce lo releva el también general Caballero de Rodas, que encuadra en un solo ejército a sus 20.000 hombres con 35.000 voluntarios cubanos conservadores y proespañoles.

La lucha pronto se extendió a toda la isla. Los jefes rebeldes (Calixto García, Antonio Macedo y Máximo Gómez), que habían comenzado en el extremo oriental, concedores a la perfección del terreno y contando con la ayuda de gran parte de la población, hicieron la guerra de guerrillas, táctica que diezmó al Ejército español, a quien tan buen resultado había dado años atrás al emplearla contra el Ejército napoleónico.

El plan estratégico español para combatir a los insurrectos consistió en dividir la isla en territorios incomunicados entre sí por medio de las denominadas trochas. Dichas trochas no eran más que caminos bordeados de empalizadas o de alambre espinoso y jalonadas cada determinada distancia por fortines defendidos por tropas de Infantería con la misión de impedir cruzar el camino al enemigo. En los poblados que atravesaba la trocha se situaban la enfermería-hospital, los almacenes de la Intendencia y una compañía de soldados que actuaba como de retén.

Pronto se comprobó la ineficacia y el grave error que fueron las trochas: los insurrectos las atravesaban con facilidad, inmovilizaron un número precioso de efectivos, que hubieran sido más eficaces en la persecución y acoso de los guerrilleros; eran peligrosas y difíciles de avituallar y, por fin, solían, de manera incomprensible, estar situadas en zonas pantanosas e insalubres, lugares propicios para el desarrollo de las temidas fiebres de los pantanos y de la disentería. Como escalofriante evidencia podemos examinar los datos sanitarios de la trocha de Estero a Bagá o la de Júcaro a Marón: sus 6.000 y 10.000 soldados, respectivamente, debían ser relevados cada tres meses en

su totalidad por enfermedad, no habiendo disparado, muchos de ellos, ni un solo tiro.

INGRESO EN SANIDAD MILITAR

En 1873, tras la publicación de 32 plazas de Médicos Segundos de Sanidad Militar, el joven Cajal viajó a Madrid para presentarse a los exámenes. Preparó las oposiciones en algo más de dos meses con el mismo tesón que siempre demostró para los estudios, y de los 100 presentados para las 32 plazas logró el puesto número seis.

El tema que le tocó en suerte desarrollar fue el cólera, enfermedad que tan exhaustivamente estudiaría después durante la epidemia de 1885 en Valencia, fabricando, en esta ocasión, una vacuna con un procedimiento personal e inédito que más tarde sería aplicado universalmente, con la particularidad de que la gloria del descubrimiento fue para los americanos Salmon y Smith, quedando los trabajos de Cajal olvidados.

Otra anécdota recuerda Cajal en sus Memorias sobre estos exámenes, esta vez más pintoresca y divertida: por quedarse estudiando la noche anterior, llegó tarde al Hospital Militar de la Princesa, que era donde se celebraba en ejercicio; ruegos y casi lágrimas debieron de costarle que le dejaran pasar al aula, pero una vez dentro no fue sino a base de codazos como logró un sitio en el banco para desarrollar, en el poco tiempo que le quedaba, el tema del cólera.

CAMPAÑA CATALANA

Recién obtenido su flamante despacho de Médico Segundo (asimilado a teniente), se le concedió su primer destino con fecha 3 de septiembre de 1873 en el Regimiento de Burgos, por entonces de operaciones en Lérida, donde

los carlistas Sevalls y Tristany traían en jaque al Ejército regular.

El regimiento estaba dividido en columnas móviles, que tenían por objeto proteger del saqueo las villas y pueblos de la provincia. Pero cada vez que los carlistas tenían noticias de la llegada de la columna desaparecían sin presentar combate, y así, en los ocho meses que el teniente Cajal permaneció trotando por las tierras leridanas, no pudo oír ni una sola vez el silbar de las balas, limitándose a curar rozaduras y catarras.

Esta etapa en pos de un enemigo invisible y escurridizo, que tanto decepcionó a Cajal, terminó en abril de 1874 cuando recibió la orden de incorporarse al Ejército Expedicionario de Cuba.

DE PERMISO

De regreso a su casa en Zaragoza,, con permiso para despedirse de su familia, pasó por Barcelona para cumplir una anhelada ilusión infantil: ver el mar por primera vez en su vida.

Llegado a Zaragoza, sus sueños juveniles chocaron con la cruda realidad que le pintó don Justo, su padre, que solamente veía en la aventura cubana el terrible espectro de las enfermedades tropicales, aconsejándole solicitar la licencia absoluta y reemprender la lucha por conseguir la cátedra de Anatomía en su ciudad natal.

Pero los planes del padre, como otras tantas veces, toparon con la testarudez del hijo, que veía en Cuba la gran oportunidad de hacer realidad sus sueños de juventud de «románticas aventuras en la selva virgen». Recuerda Cajal en sus Memorias los paseos en compañía de su amigo Cenarro, cuando ambos veían en la milicia la posibilidad de visitar países exóticos y quizá de protagonizar hechos heroicos (Cenarro también ingresó en Sanidad Militar convirtiéndose en el Oficial Médico de la Embajada Española en Tánger).

Además, para el estricto sentido de la justicia que siempre imperó en la conducta de Cajal, el ir a Cuba era un deber de todo buen patriota, llegando a calificar como de deserción un acto del tipo que le proponía su padre.

Ante la inquebrantable decisión de su hijo, don Justo, haciendo de tripas corazón, y a base de ruegos y de humillaciones, consiguió cartas de recomendación para el capitán general de Cuba y para otras importantes personalidades, pensando que con ellas lo-

graría un destino apartado de las insalubridades de la selva cubana. Poco conocía don Justo el carácter de su hijo: las cartas nunca salieron del bolsillo de su guerrera, aun a sabiendas de que sus compañeros poseían misivas similares. Esta vez, su sentido de la justicia y de la igualdad de oportunidades pudo salirle muy caro.

CUBA

Tras despedirse de su familia se trasladó a Cádiz, donde embarcó en el vapor «España» de la Compañía Trasatlántica, que hacía la travesía a Puerto Rico y La Habana. A los dieciséis días de navegación llegó a San Juan de Puerto Rico, y dos días más tarde a La Habana. Llegó con el grado de Médico Primero (asimilado a capitán).

Tras un período de aclimatación de un mes en la capital de la isla caribeña, los oficiales médicos en expectativa de destino fueron convocados a la Inspección de Sanidad, donde se les informó de las vacantes existentes. Tres eran los destinos a que podía aspirar un oficial médico en Cuba: un hospital militar en la metrópoli, una columna de operaciones y una enfermería-hospital en una trocha de la manigua. Los dos primeros mencionados tenían la ventaja de poder visitar la ciudad con frecuencia y de cobrar las pagas enteras y puntualmente. Los desventurados que obtenían un destino en las trochas quedaban expuestos a la disentería, la malaria, la falta o el retraso en el aprovisionamiento de medicinas, la llegada tarde y mal de las pagas, si es que llegaban..., y en muchos casos la muerte por enfermedad.

Ni que decir tiene que según entraban los candidatos las recomendaciones empezaban a funcionar en razón a su peso. A Cajal no se le ocurrió nunca hacerse valer de las suyas, y el resultado ya se puede imaginar: destinado a la trocha, enfermería de Vista Hermosa (que hacía poco honor a su nombre), en el distrito de Puerto Príncipe.

VISTA HERMOSA

Vista Hermosa tenía la enfermería fuera del recinto del fortín (defendido por una compañía al mando de un capitán); la fachada que daba a la manigua estaba defendida por dos torreonos esquinados y un parapeto de tron-

cos. Su construcción era de madera con techo de palma, su capacidad de 200 camas y su dotación farmacéutica constituida en su mayor parte por quinina y láudano.

Durante un mes —tiempo que tardaba la columna de aprovisionamiento en llegar— la compañía quedaba completamente aislada. Cajal mataba el tiempo estudiando inglés y dedicado a la que sería una de sus grandes aficiones: la fotografía. Su habitación, que hacía las funciones de farmacia y depósito de armas de los hospitalizados, estaba contigua a la sala de la enfermería.

La salud de Cajal a su llegada a Cuba no podía ser mejor: había practicado la gimnasia con tal devoción que su cuerpo era el de un «hércules»; pero muy pronto el paludismo se hizo fuerte en él, convirtiéndolo en médico-enfermo. Los accesos de fiebre empezaron a menudear, la quinina escaseaba y las cosas se le complicaron con una severa disentería. No obstante, en los períodos afebriles, continuaba estudiando inglés y practicando el ejercicio de su profesión.

Cierto día, ya enfermo, el puesto fue atacado al amanecer por los mambises: esta fue la primera y la última vez que Cajal actuó en un hecho de armas. Rechazó el amparo que se le ofrecía en el fortín (cumpliendo el artículo 121 del Reglamento del Servicio de Sanidad Militar: «Los oficiales de Sanidad Militar no podrán nunca abandonar a los heridos que hayan levantado en el campo de batalla... deberán rendirse como prisioneros para no abandonarlos»). Se apresuró a repartir armamento entre los enfermos capaces de levantarse del lecho, mandándoles a defender los torreones y el parapeto; aquellos, incapaces de tenerse en pie, se aprestaron a disparar por las ventanas tendidos en sus camas.

Días antes, en la enfermería del fortín de Cascorro, habían entrado los insurrectos pasando a cuchillo a todos los enfermos antes de que los soldados del fortín pudieran evitarlo; pero esta vez, en Vista Hermosa, gracias a la rá-

pida y eficaz organización defensiva de su oficial médico pudo evitarse el desastre, siendo rechazado el enemigo.

Conforme pasaban los días, el estado general de Cajal se deterioraba paulatinamente, obligándole a delegar en el sargento practicante y a cursar la licencia por enfermo. A los cuatro meses de su llegada a Vista Hermosa, fue trasladado al Hospital Militar de Camagüey.

EL HOSPITAL DE PUERTO PRINCIPE

Parcialmente restablecido fue agregado al Hospital Militar de Puerto Príncipe como médico de guardia.

Pero en la ciudad una nueva desventura se sumó a su ya numeroso haber: su habilitado se fugó a Norteamérica con 90.000 pesos, dejando a multitud de oficiales, entre otros a Cajal, sin poder cobrar los últimos sueldos. Ante semejante penuria económica, acude a pedir una solución al general Grau, al que no se le ocurre otra cosa que poner en el tablón de anuncios del hospital la siguiente misiva: «Capitán médico enfermo necesita ayuda». Cajal sufre por ello toda clase de humillaciones, ya que sus compañeros, con un falso sentido del honor, solían obtener sus fondos económicos de prestamistas o del juego y consideraban una vergüenza para el Cuerpo el obtenerlo de otra manera. No obstante, por este método, Cajal obtiene algo más de 100 pesos a cuenta.

Tras quince días de convalecencia y aún no recuperado del todo, recibe su siguiente destino: la enfermería de la trocha de San Isidro.

SAN ISIDRO

El fortín de San Isidro estaba situado en la trocha del Este, ubicado, como todos los demás, en un terreno pantanoso en el que menudeaban las ciénagas. Además de la disentería y del paludismo apareció en San Isidro el azote de la viruela, transportada por los esclavos negros venidos de África.

Tales eran las condiciones higiénicas del fortín, que había costado la vida a los dos médicos antecesores de Cajal y su enfermería albergaba casi los dos tercios de sus efectivos.

En San Isidro, Cajal conoció una nueva faceta de la oficialidad de Cuba: la corrupción, a la que sin duda ayudaba la tremenda desmoralización

que sufría el Ejército en ultramar.

A poco de llegar comprobó que mientras la comida de los enfermos era un caldo de pollo aguado con algunos huesos y pellejos, los oficiales que lo deseaban podían comer pollo pagando un suplemento. Resuelto a desentrañar el misterio, descubrió que la carne que se comían sus compañeros sanos era la destinada a la enfermería, y que era el sargento practicante el que, gracias a un gallinero clandestino, incrementaba sus emolumentos. Inmediatamente dio parte al comandante, quedando dolorosamente sorprendido al comprobar que lo que él calificaba de inmoralidad, lo aceptaban todos sus compañeros como la cosa más natural del mundo, aconsejándole que no cambiara unas «normas» tan apetitosas. Su reacción no se hizo esperar: incauto todas las aves pertenecientes al rancho de la enfermería e inspeccionó diariamente el reparto de la comida a sus enfermos. Pero tampoco se hizo esperar la reacción de la oficialidad: se le negó el saludo y se le condenó al olvido más despreciativo.

A tan poco grata situación se sumaron de nuevo los accesos palúdicos, como en los mejores tiempos de Vista Hermosa.

Pero el peor incidente tuvo lugar cuando el comandante, pretextando un inminente ataque, mandó a su ordenanza guardar a sus dos caballos en la enfermería. Por supuesto, fueron sacados a patadas por Cajal. Al rato, los animales eran de nuevo introducidos en el local sanitario llevando las riendas el propio comandante. Cajal, en medio de un ataque febril, llegó casi al enfrentamiento físico con su jefe; las consecuencias fueron la salida inmediata y definitiva de los dos cuadrúpedos y la instrucción de un sumario contra Cajal, que se cursó a la capital. Pronto acudieron a San Isidro oficiales del Cuerpo Jurídico para investigar el hecho, y al oír las irregularidades que les relató se limitaron a tapar el asunto y «aquí no ha pasado nada».

Todo este revuelo llegó a oídos del general Grau, al que cada vez le desagradaban más los problemas que le acarrea Cajal, empezando a amontonar en el cesto de los papeles olvidados todas las solicitudes de Licencia por Enfermo y de Licencia Absoluta que éste cursaba constantemente a la Inspección de Sanidad.

Cada vez más enfermo, sin poderse levantar de la cama para nada, se abandonó a su suerte en espera de ser el tercer médico que recibiera sepultura en San Isidro.



Pero esta vez la suerte le dio la cara: al comprobarse la ineficacia del funcionamiento de las trochas, se las sometió a una serie de visitas de inspección. Una de estas visitas, realizadas por un general (del que Cajal se lamenta por no acordarse del nombre), llegó a San Isidro y pésima debió ser la impresión que le dio el estado sanitario de la tropa, que mandó desmantelar inmediatamente el fortín y evacuar a todos los enfermos. El mismo general en persona se encargó de tramitar la Licencia Absoluta de Cajal.

HOSPITAL DE SAN MIGUEL

Gracias a la buena lógica de un general a quien el sufrimiento de los soldados conmovía, Cajal con todos sus enfermos fue trasladado inmediatamente al Hospital Militar de San Miguel, y posteriormente a Puerto Príncipe.

Tras pasar Tribunal Médico, se le concedió la licencia absoluta por inutilidad para el servicio, siendo diagnosticado de caquexia palúdica el 15 de mayo de 1875.

Trasladado a La Habana, y tras sobrevivir gracias al dinero que le mandó don Justo, fue repatriado de nuevo en el vapor «España». Dejaba atrás su salud, las ilusiones que había puesto en el ideal de la aventura cubana y el triste recuerdo del sacrificio inútil y estéril de tantas vidas españolas.

Ya en su casa, con los suyos, gracias a los solícitos cuidados de su madre, mejoró notablemente, pero las secuelas del paludismo (que poco después se le complicarían con una tuberculosis pulmonar) le acompañarían hasta su fallecimiento en 1934, aunque no le impedirían ofrecer a su patria la labor científica más importante que jamás y hasta el presente haya ofrecido otro investigador.

LA PAZ PENINSULAR

El mismo año de la llegada de Cajal a Santander, don Alfonso XII era co-

ronado Rey, y durante los diez años que duró su reinado, España vivió una era de tranquilidad que hacía mucho tiempo no disfrutaba. Pocos meses después de morir el Rey, en mayo de 1886, la Reina doña María Cristina dio a luz a un hijo varón (que sería con el tiempo el Rey don Alfonso XIII) y asumía la regencia del trono, continuando así el período de tranquilidad que había comenzado su marido.

1898: LA GUERRA COLONIAL

En 1897, los Estados Unidos comenzaron una política expansionista e imperialista poniendo sus ojos en las islas Filipinas, Cuba y Puerto Rico, últimos bastiones del Imperio español.

Ante el estado de guerra en que se encontraba la isla de Cuba, y con el pretexto de proteger a los súbditos norteamericanos residentes en ella, enviaron el navío de guerra «Maine». En la noche del 15 de febrero de 1898, el «Maine» estalló de forma misteriosa muriendo más de 200 hombres de su marinería y oficialidad. Ambos Gobiernos, el español y el estadounidense, se acusaban mutuamente como provocadores del desastre; la consecuencia fue que al mes siguiente, el presidente McKinley logró que la Cámara aprobara la intervención en Cuba. Se rompen, tras esta aprobación, las relaciones diplomáticas entre España y Norteamérica, y este último país envía a las posesiones españolas de ultramar una fuerza expedicionaria.

La Marina y el Ejército españoles luchan hasta agotar todos sus efectivos (hasta el último hombre y hasta la última peseta en desafortunada expresión de Castelar) en un combate desigual desde el principio. Primero la Escuadra española es aniquilada en Cavite y en Santiago al enfrentar sus viejos barcos de madera a los modernos acorazados del almirante Dewey. En tierra, 15.000 infantes norteamericanos desembarcados en Daiquiri rinden Santiago el 17 de julio tras los violentos y heroicos combates de Carey y Cerro de San Juan, en los que las tropas españolas, tras agotar la municiones, salen a la bayoneta; tras la rendición de estos dos puestos, las tropas americanas rindieron honores militares a los escasos supervivientes. Por fin, el 26 de julio, el Gobierno español pide la paz, y el 12 de agosto se firma el armisticio en París: España perdió así los restos de un Imperio en el que nunca se ponía el Sol.

EL IMPACTO DE LA NOTICIA

Desde su llegada a la Península hasta el año de los desastres coloniales, Cajal había desarrollado una importantísima labor científica: había descubierto y sentado las bases de la organización del sistema nervioso y del funcionamiento del mismo, publicó el primer manual moderno de Histología y Anatomía Patológica de autor español, así como la primera revista española sobre el mismo tema (que se leía más fuera que dentro de España), ganó las cátedras de Histología de Valencia, Barcelona y Madrid y lo que era más importante: había logrado que el nombre de España y de un español fueran un peso importante en la balanza de la ciencia europea.

En el verano de 1898 se encontraba «descansando mientras trabajaba», empeñado en descifrar el enigma del quiasma óptico, cuando se enteró de la trágica noticia. Dejemos que sea él mismo quien nos cuente la impresión recibida: «Estábamos a la sazón veraneando en compañía del inolvidable Oloriz, en el pintoresco pueblo de Miraflores de la Sierra, cuando en nuestro apacible retiro cayó como una bomba la noticia horrenda y angustiosa de la destrucción de la Escuadra de Cervera y de la inminente rendición de Santiago de Cuba.

»La trágica noticia interrumpió bruscamente mi labor, despertándome a la amarga realidad. Caí en profundo desaliento. ¿Cómo filosofar cuando la Patria está en trance de morir?... Humillado mi patriotismo español, quedé vivo y pujante, y aun diré exaltado, mi patriotismo de raza.»

REFLEXIONES EN TORNO A LOS HECHOS

Dejemos otra vez que sea la pluma del maestro la que analice las que, según él, fueron las causas del desastre colonial y de la derrota española: «En la guerra con los Estados Unidos no fracasó el soldado ni el pueblo, sino un gobierno imprevisor... Marina y Ejército hallábanse organizados no para luchar con la nación más pujante y más rica del mundo, sino para sofocar nuestras querellas interiores e inveteradas rebeliones ultramarinas. Ni Cervera, ni Villamil, ni Blanco fueron tan ignorantes para desconocer la superioridad de la Escuadra y de los recursos

inagotables de la gran república norteamericana. De ahí el estupor de los marinos españoles, conscientes de su inferioridad, cuando se les ordenó enfrentarse con los yanquis, invitándoles a un sacrificio imbécil e infecundo.»

«Ante el brutal ultimátum de los Estados Unidos no había sino esta solución: el reconocimiento fulminante de la independencia cubana; medida salvadora que habría aportado la tranquilidad a millares de hogares peninsulares, convencidos de que Cuba, con sus reiteradas rebeliones y su clima insalubre, sería el cementerio de la raza hispana...»

«Así aprendimos un poco tarde que para ser respetado es preciso o ser fuerte o ser prudente y discreto.»

«Las deplorables consecuencias del desastre colonial fueron dos, a cual más trascendentales: el desvío e inatención del elemento civil hacia las instituciones militares, a quienes se imputaban faltas y flaquezas de que fueron responsables gobiernos y partidos, y sobre todo la génesis del separatismo disfrazado de regionalismo.»

Estas meditaciones, mucho más extensas en su obra «El mundo visto a los ochenta años», terminaron de cincelar el carácter cajaliano con un profundo sentimiento de amor y de defensa de su patria. Podríamos terminar con unas ejemplares frases de don Santiago dedicadas a la juventud española: «... lanzarme osadamente al palenque internacional de la investigación científica, teniendo por única fuerza el patriotismo; por norte, el ilustre honor de la toga universitaria; por ideal, aumentar el caudal de ideas españolas circulantes por el mundo...»

«Lo conseguido constituye, por tanto, ofrenda de amor a mi país, fruto del cultivo ferviente a la gloriosa aula española.»

«Tan digno de loa es quien se bate con el fusil como el que esgrime la pluma del pensador, la retorta o el microscopio. ¡Honremos al guerrero que nos ha conservado el solar fundado por nuestros mayores! Pero enaltezcamos también al filósofo, al literato, al jurista, al naturalista y al médico que defienden en el noble palenque de la cultura internacional el sagrado depósito de nuestra tradición intelectual, de nuestra lengua y cultura, en fin, de nuestra personalidad histórica y moral, tan discutida y a veces tan agravada entre los extraños.»

«Me dirijo a vosotros, jóvenes, esperanza del mañana. En estos últimos luctuosos tiempos, la patria se ha achicado, pero vosotros debéis decir: a patria chica, alma grande. El territorio de España ha menguado, juremos todos dilatar su geografía moral e intelectual.»

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

1. ALBARRACIN, A., y LAIN ENTRALGO, P.: «Santiago Ramón y Cajal o la pasión de España». Ed. Labor, Barcelona, 1982.
2. BULLON RAMIREZ, A.: «El patriotismo de Cajal». *El Médico*, n.º 90, 1984.
3. CANNON, D. F.: «Ramón y Cajal». Ed. Grijalbo, Barcelona, 1981.
4. FERRER, D.: «Santiago Ramón y Cajal y las células nerviosas». Ed. Cid. Madrid, 1965.
5. LOREN, S.: «Santiago Ramón y Cajal. Historia de una voluntad». Ed. Noguer, Barcelona, 1982.
6. MIRANDA, J.: «Ramón y Cajal, obrero infatigable del microscopio». *El Médico*, n.º 90, 1984.
7. RAMON Y CAJAL, S.: «El mundo visto a los ochenta años». Impresiones de un arterioesclerótico. Ed. Espasa Calpe, 8.ª ed. Madrid, 1970.
8. RAMON Y CAJAL, S.: «La psicología de los artistas». Ed. Espasa Calpe, 3.ª ed. Madrid, 1972.
9. RAMON Y CAJAL, S.: «Mi infancia y juventud». Ed. Espasa Calpe. Madrid, 1970.
10. RAMON Y CAJAL, S.: «Recuerdos de mi vida: Historia de mi labor científica». Ed. Alianza Universidad. Madrid, 1981.
11. RAMON Y CAJAL, S.: «Anatomía Patológica». Ed. Moya, 7.ª ed. Madrid, 1922.
12. RAMON Y CAJAL, S.: «Manual de Histología Normal y de técnica micrográfica». Edd. Moya. 4.ª ed. Madrid, 1905.
13. REDONDO DIAZ, S.: «Historia de las Fuerzas Armadas». T. I. Ed. Palafox-Planeta. Zaragoza, 1983.
14. RODRIGUEZ, E. L.: «Cajal: su patriotismo, su moral». *Med. de Madrid*, n.º 1-2. Madrid, 1983.
15. Varios. Acto de exaltación a don Santiago Ramón y Cajal. Acto realizado en el Colegio de Médicos de Madrid. *Med. de Madrid*, n.º 1-2. Madrid, 1983.
16. NIETO COSANO, F., y GARCIA DE LA GRANA, M.: «El Servicio de Sanidad Militar en tiempo de paz (Bases Legislativas)». Madrid, 1947.